

## **La edición de ensayo en tiempos de especialización**

Alejandro Katz

(Versión –levemente- corregida del texto leído en el Hay Festiva, de Cartagena, febrero de 2014, por invitación de Ana Cañelas y Paco Goyanes, a quienes el autor no deja de agradecer.)

Cuando yo era joven, Buenos Aires era todavía una ciudad moderna y dinámica, en la que los filmes de Bergman y de Woody Allen se estrenaban al mismo tiempo que en sus países de origen, y las obras de Julio Le Parc se exhibían en el Instituto Di Tella, mientras allí mismo daba clases Luigi Nono. En esa ciudad moderna, dinámica, de la cual André Malraux dijo, al visitarla en 1965, que era “la capital de un imperio que nunca existió”, las librerías, abundantes y generosas, hacían que el pública danzara al son de las ideas de la época.

Pero, todo hay que decirlo, las ideas de la época no eran demasiadas, no más de cuatro o cinco:

- El psicoanálisis –hablamos, no lo olviden, de Buenos Aires- dominado todavía por Melanie Klein aunque ya dispuesto a recibir la arrolladora influencia de Lacan de la mano de Oscar Masotta.
- El estructuralismo, liderado por la “locomotora” Lévi-Strauss, pero entre cuyos vagones se encontraban Barthes y Foucault -a pesar de los desesperados esfuerzos de este último por negarlo-, cuya influencia era tan profunda que la editorial, todavía supérstite, Nueva Visión, publicaba una revista bajo ese mismo nombre.
- El marxismo, que revoloteaba entre Gramsci y Althousser, pero no excluía a Lucacks, aunque por supuesto ignoraba a Rosa Luxemburgo.
- El pensamiento revolucionario y emancipador latinoamericano que, desgraciadamente, se sometía más a las influencias de Marta Harnecker que un por entonces escasamente revisitado Mariátegui.

La multiforme curiosidad que parecía invadir la ciudad y dar a las artes y a la literatura variedad y riqueza quedaba reducida, en el campo del pensamiento, a pocos discursos que, por añadidura, estaban ellos mismos dominados por autores o corrientes hegemónicas –para decirlo con la jerga de esa época-: psicoanálisis, marxismo, estructuralismo eran no sólo las marcas de esos

tiempos sino, también, una manera de hacer más sencilla la tarea de editores y libreros que, ocupándose de esos asuntos, tenían una muy alta posibilidad de obtener el favor del público y hacer funcionar sus negocios con razonable salud financiera –y alto prestigio social, combinación que, con el correr de los años, fue haciéndose cada vez más improbable.

Un público, debemos recordarlo -¿debemos recordarlo?- también curioso, casi ansioso, por ser parte del mundo y que, para lograrlo, no tenía muchos más recursos que la lectura y el cine, dado que era todavía la época en que las clases medias hacían solo uno, dos cuando mucho, de los por entonces emblemáticos “viajes a Europa”, en que el turismo académico –ese sistema de intercambio de viajes entre profesores con cargo al presupuesto público tan magníficamente narrado por David Lodge- aun no se había convertido en el mayor incentivo para iniciarse en los *cursi honori* universitarios y a nadie se la había todavía ocurrido inventar el Hay Festival.

No miro con nostalgia aquellos tiempos. Sólo los describo para desprender, de ellos, algunos rasgos que nos ayuden a comprender las particularidades de nuestro presente.

Señalaré algunas cuestiones vinculadas con eso que llamamos –con poca elegancia y menos respeto- “el contenido”, con la democracia y con los modos de circulación del conocimiento.

Un proceso –más que un acontecimiento- puso en crisis los grandes relatos que habían organizado la vida intelectual –y también en alguna medida también la vida política- desde la segunda posguerra. El estallido de esos relatos actuó como una granada de fragmentación, dispersando el conocimiento en trozos aislados y distantes entre sí. El mundo del conocimiento se convirtió en el de la especialización, o incluso la hiperespecialización, que exige no sólo el dominio de lenguajes crípticos, imposibles de comprender por esa categoría que conformamos todos respecto de prácticamente todas las cosas de este mundo y que es la de los no-iniciados, sino también la pertenencia a tramas institucionales específicas para poder realizar los aprendizajes que permitan no ya decodificar esos lenguajes imposibles sino simplemente conocer su existencia.

Hoy, un antropólogo no puede comprender los avances de la biología o de la filosofía por carecer de las competencias para hacerlo. Lo cual, quizá merezca la pena insistir en ello, significa un gran empobrecimiento intelectual y cognitivo tanto para el antropólogo como para el biólogo, el primero de los cuales no tenía dificultad, hace treinta años, para leer los trabajos del segundo, por ejemplo los *Estudios de etología* de Niko Tinbergen, que publicó Alianza en dos volúmenes en 1983, y que hoy tendría serias dificultades para asomarse a la obra de uno de los mayores etólogos de nuestro tiempo, Lee Alan Dugatkin, quien en su *Game Theory and Animal Behavior* escribe, textualmente, que  $T + wS + w^2T + {}^3S... \rightarrow (T + wS)/(1 - w^2)$ . (Aunque debo señalar que Dugatkin es, también, un magnífico ensayista, que ha publicado algunos de los libros más claros y atractivos para un público informado, pero no especialista.)

Más grave aun es que quizá ninguno de ellos considere ni necesario ni útil –ni, peor todavía, interesante– realizar un esfuerzo de comprensión que no imagina recompensado en la carrera que debe hacer en su propia especialidad. Así, nuestra primera constatación se refiere a la evolución del lenguaje del conocimiento –convertido cada vez más en idiolecto– y al aislamiento entre los campos del saber, cada vez más indiferentes, e ignorantes, los unos respecto de los otros.

Pero ocurre que este antropólogo, o filósofo, o biólogo, era uno de aquellos visitantes de librerías que, en mi juventud, construía su biblioteca para que esta reflejara la *weltanschauung* de su tiempo, y no exclusivamente los conocimientos de su propio oficio. Era uno de aquellos lectores que, por tanto, han ido apartándose de los campos del saber que no le son propios, concentrándose en los meandros de su jerga, a la que considera suficientemente autónoma y poderosa como para satisfacerse concentrando en ella toda su atención y energía intelectual, y perdiendo, por tanto, una lengua común, el lenguaje compartido, aquel que nos permite construir una visión compleja del mundo, de la sociedad y de la cultura. Ese lenguaje que es lo que hemos dado en llamar esfera pública, y cuya solidez y diversidad determina no sólo la calidad de nuestras democracias, sino de nuestras sociedades en conjunto y de las posibilidades de nuestra vida en común.

La edición de ensayo se ocupaba, justamente, de reforzar la esfera pública al poner en circulación no sólo el conocimiento sino también los argumentos y justificaciones que construyen el espacio de razones en el que interactúan individuos autónomos para canalizar y solucionar los conflictos de opiniones e intereses. No es que yo crea que una sociedad estructurada sobre dos o tres metarrelatos es más interesante y democrática que una sociedad de múltiples saberes en conflicto –y no es necesario realizar un gran esfuerzo de memoria para confirmar que efectivamente no es así. Sí estoy persuadido que una sociedad que carece de una lengua común, sofisticada y compleja, sí, pero comprensible y clara, y que reemplaza esa lengua común por jergas especializadas y expertas –privatizadas, por así decirlo, por comunidades cerradas no puede nunca ser democrática, y no tiene nada de interesante.

Menos aun si lo que queda de la lengua común, sus restos, son eso que encontramos en los libros de autoayuda, en los *fast books* periodísticos, en twitter o en las páginas de internet: esa versión rudimentaria del conocimiento que se confunde con la información.

Supongo que de esta larga descripción es fácil colegir qué pienso que debe ser la edición de ensayo: el sitio en el que el conocimiento, la reflexión y el trabajo crítico sobre el individuo y sobre la sociedad contribuyen al desarrollo y fortalecimiento de la esfera pública. Para ello, la edición de ensayo debe estar alejada de la jerga especializada como de la trivialización, para estimular la conversación pública, la deliberación colectiva, y permitir la construcción de visiones del mundo que capturen la complejidad de la sociedad contemporánea. Entre la cultura experta y la sociedad de masas, la edición de ensayo tiene una indelegable responsabilidad cívica.

Soy, quizá sea redundante decirlo, tristemente escéptico respecto de nuestra capacidad para hacernos cargo de la tarea.